

**Presentación de libro “Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades”.**

**Autora: Ana María Fernández**

**Editorial Biblos, Buenos Aires, 2007**

Realizada en la Sociedad Científica Argentina, el 15 de junio del 2007, a las 20 hs.

Comentaristas: Felisa Santos, Osvaldo Saidon, Horacio González.

Coordinador: Emilio Montilla.

**Ponencia Prof. Felisa Santos**

El libro de Ana Fernández es también un itinerario intelectual: “corolario de un proceso académico y profesional de muchos años”, dice la autora. Y es entonces también el testimonio de una experiencia: el devenir otra cosa que lo que se es, esa insistencia en la transformación de nosotros mismos durante y en el trabajo que nos atañe que Foucault reclamaba. Es por eso que, siempre en los bordes, el texto se arma entre la filosofía y la psicología, entre la teoría y la práctica, entre un marco teórico y otro. Ambivalencia o territorio que se afianza en ella que no se amolda, sin embargo, al sincretismo del que muchos hacen gala en nuestro tiempo.

En *Las lógicas colectivas* hay un intento de pensar qué se hace y qué se piensa y de volcar lo uno en lo otro. Avatares de una profesión -la psicología- y de un ubicarse en el campo intelectual signado por la política que hacen que la pregunta que recorre el libro sea “¿cuál es la relación entre lo psíquico y lo social?”. De este maridaje entre el marxismo y el psicoanálisis siempre celebrado y nunca efectuado son testimonio o más bien celestinas Marcuse allá lejos, el mismo Deleuze, Castoriadis. Pero, claro está, también hay una indagación acerca de la pertinencia de aquello que se une. O, dicho de otra manera, qué del psicoanálisis puede ser ligado a la política, qué política puede estar unida a qué concepción de lo psíquico. Abrir a Freud y abrir también la política significa transformar los saberes en los que recurrimos, los saberes heredados y dejarnos pensar de otra manera. De eso se trata lo que Ana nos propone cuando dice desdisciplinar.

Y es Castoriadis quien desdisciplina al psicoanálisis proponiéndonos la gesta de una psiquis entendida en términos de imaginación radical. *Vis formandi a-causale*. Imaginación creadora que no es sólo el psiquismo individual sino que se propaga a lo social cuando se erige en imaginario social instituyente. Magma que “hace” lo histórico social.

Y Deleuze quien nos propone un deseo no carente. Plano de inmanencia que no admite origen ni *télos*, ni nada que sea su fundamento o trascendencia. Sólo deseo, deseo positivo. Y sin sujeto. Singularidades pre-personales y pre-individuales urgiendo, obrando.

No es casual que la autora retome a estos pensadores: ellos han sido quienes criticando a Freud nos plantean una positividad de lo psíquico que ya no producirá *fantasmata* sino realidades, las realidades en las que vivimos y a la vez abonan la posibilidad de una apertura de la dimensión subjetiva.

Un recorrido exhaustivo por el –ya no diría el pensamiento sino la posición, posición en el campo, posición que es *Stellung*- de Castoriadis que no deniega la posibilidad de la crítica, abre el camino. La noción de *imaginario* está hoy presente en muchas de las indagaciones en el área de lo social y ha servido para *aggionar* la noción de representación e incluso la de ideología. Y, a veces ha servido para solidificar la postura, por lo demás peligrosa, de pensar que toda relación es relación de sentido. No es ésta la postura sostenida en el texto.

Las páginas dedicadas a pensar la persistencia del concepto de *Vorstellung* en la obra castoridiana, como pensamiento heredado, por ejemplo, nos muestran no sólo una de las falencias de Castoriadis –el adherir en cierto modo a una substancialidad, un ser algo de lo psíquico- y, además, nos muestran a una autora que delimita el problema y lo aborda inteligentemente. Es además el lugar donde se evidencia necesidad de cambia el marco conceptual.

Castoriadis nos provee de herramientas interesantes para pensar lo social, nos propone un psiquismo que no deniega de lo político, nos hace pensar la posibilidad de reunión de lo histórico social y lo individual. Pero hay elementos de la filosofía castoridiana que pareciera impiden a la autora seguir pensando. La persistencia de la noción de representación es uno, la mónada psíquica es otro. En ambas considera que hay una reinstalación del pensamiento heredado sin crítica, en una concepción que, desde otro punto de vista, intenta superar los binarismos tradicionales. Dice Ana Fernández: “Sin dudas Castoriadis pudo identificar las encerronas del pensamiento heredado para pensar lo histórico social, pero ¿logra eludir las marcas del pensamiento heredado para pensar la psiquis?[...]¿Por qué supone como tributaria del pensamiento heredado la noción de imaginario en Lacan y no la de representación en Freud? Si la crítica a lo imaginario en tanto imagen de, es que “presenta una rémora de la caverna de platónica” porque lo especular es siempre reflejo de otra cosa, por qué sostiene la noción de representación para la psiquis?

Es cierto que cuando Castoriadis habla de representación no sólo está pensando el reflejo de otra cosa, llama también representaciones a las creaciones del psiquismo y que, por otro lado, ya no es representación lo que al sujeto se ofrece como imagen del mundo, mundo transformado porque es puesto en forma por un sujeto consciencia. Representación parecería designar a cualquier contenido de conciencia a la manera de Hume, donde los límites entre una conciencia tética y los de la sensibilidad en general son borrosos. Castoriadis nos dice expresamente que hay significaciones sin objeto, que el psiquismo inviste de significaciones y así hace mundo, y que en sentido estricto esas creaciones infundadas, sin causa, pueden no referir a nada y entonces ser rigurosamente *presentaciones*. Es que *Vorstellung* no quiere decir re-presentación, en el sentido de volver a presentar, quiere decir, etimología mediante *ante-poner*, que no es lo mismo. Pero el problema no es si antes o después de la presentación se da la representación. Para Ana Fernández el problema en Castoriadis es un denegar *las prácticas* en el territorio del psiquismo individual.

El otro cuestionamiento, que no es menor, es el de la mónada psíquica. Es cierto que la concepción de mónada psíquica de Castoriadis no es deudora

de la plotiniana sino más bien de la leibniziana -y esto lo subraya Ana- y esto implica considerar que en toda mónada está la totalidad y por ende es congruente el planteo de que somos partes totales de la sociedad puesto que la sociedad en su conjunto está en cada uno de los individuos y de esta manera se manifiesta una relación entre el todo y las partes distinta de la de pensar el todo como parte extra partes, la noción se pretende también como origen. Es esto lo que es criticado: hay una mónada psíquica, psiquismo salvaje o brutal que se socializa. Es cierto que difícilmente podemos considerar eso como una representación, ni siquiera como presencia, es un por ser absoluto que se va ir determinando en función de la sociedad en la que se integre.

Aquí se plantean dos críticas: la ontologización de lo inconsciente en los términos humanos y demasiado humanos de una suerte de proto-sujeto y el aislamiento originario de la mónada que deviene social pero es justamente su contracara. La autora nos insta a entender el psiquismo no como una unidad originaria sino como una multiplicidad que se abre a los composites, a los posibles juntos. Se cambia unidad por multiplicidad. Se cambia Castoriadis por Deleuze como referente para poder seguir pensando. Porque decía que el texto es también un itinerario intelectual y hasta cierto lugar se piensa con alguien y a veces ese alguien debe ser abandonado para poder seguir pensando. O dicho de otra manera, aquí se nos propone trabajar en psicología abandonándola en tanto pensamiento heredado, abandonando nociones centrales, la representación, por ejemplo, para reencontrarla en un por hacer.

Subrayemos que los pensadores puestos en juego en el texto intentan pensar bajo la forma no de la subsunción, que es la manera clásica diríamos de decir algo de algo, sino proponiéndonos modos inéditos: pensar no con el “es” como nexo sino con el “y”, hacer rizoma y no árbol en Deleuze, dar cuenta del modo de ser de la significación en tanto imbricación, en tanto red siempre abierta que permite remitir a otra cosa sin pensarlo como la categorización tan temida que ubica y clasifica y, sobre todo, cristaliza y perpetua.

Mención aparte merece Foucault, porque es esa curiosidad y ese espíritu crítico el que campea no sólo en el planteo metodológico sino en la manera de “hace problema”. Porque *problematizar* es un trabajo y es Foucault, que no tiene una filosofía ni una teoría de lo histórico social quien a la hora de indagar nos sirve. Nos sirve cuando nos propone elucidar el *a priori* sobre el que toda episteme se estatuye, para genealogizar que es la forma del distanciamiento que hace posible desnaturalizar el presente para poder transformarlo, cuando nos propone acontecimentar, o eventualizar, (cualquier palabra es horrible) lo heredado.

La imaginación es la clave. Pensar la imaginación es, ya lo dice Castoriadis- tarea que no ha sido llevada a cabo por el pensamiento occidental. Como si en cada momento en que la imaginación aparece se tuviera la necesidad de negarle protagonismo. Desde los griegos, la *eikasía* platónica ha sido el molde para entenderla. Y si la fantasía aristotélica permite avizorar un papel de fundamento- no se piensa sin *fantasmata*- en seguida queda relegada a su papel reproductivo. Lo mismo en Kant cuando la imaginación creadora no crea nada. Es en Freud y en Heidegger leyendo a Kant, el *Kantbüche*, *Kant y el problema de la metafísica*, que Castoriadis encuentra una visión de la imaginación que apunta más allá de lo estatuido: la imaginación como potencia y como potencia que es *causa sui*. Lugar interesante entonces porque es un

por ser- ninguna presencia aquí- y al mismo tiempo no tiene causa, es decir se nos propone la libertad de una imaginación autónoma.

En rigor, el libro se divide en tres partes: una primera que nos propone como eje la imaginación, entendida como creadora en el sentido más fuerte; una segunda -“Más allá del sentido”- que nos propone una incursión en el territorio de la emergencia del sentido y una tercera que hace hincapié en las lógicas colectivas. Sin embargo es la subjetividad lo que se subtiende tras estas problemáticas. Subjetividad que desanda los caminos del sujeto tradicional, el sujeto fijo que para ponerle un nombre se insiste en llamar cartesiano. Todo el arsenal crítico de la autora es puesto en obra para deconstruir (el término me parece demasiado frágil) los puntos de vistas que sostienen un sujeto sustancia; una naturaleza o una esencia que es tomada como sujeto, o mejor, al revés el tomar al sujeto como tales.

Singularidades. Se trata de dar cuenta de la “inagotable capacidad de invención de un colectivo en acción”, de cualquier colectivo. Y se trata también de desprenderse de las concepciones que psicologizan lo social o sociologizan lo psíquico manteniendo los esquemas. Se trata de romper los esquematismos tradicionales. En esa tarea y contra esas concepciones se trabaja una noción de la singularidad que se da siempre en plural, que se nos propone una relación entre lo individual y lo colectivo planteada en los siguientes términos: “lo colectivo como *subjectum* de lo social”

Pero esto está trabajado con casos puntuales y es a partir de ellos que se puede inferir la posibilidad de inteligir un surgimiento de la dimensión de sentido en el plano individual dependiente no de lo social en tanto tal sino de un colectivo específico. Es decir se trata de *prácticas de resistencias* que emergen a partir de colectivos que rompen con la socialización repetitiva instaurada por los poderes vigentes para ser creadoras de formas de subjetividad inéditas e impensables bajo las formas de las relaciones sociales existentes en tanto permitidas y/ o instituidas por el peso del pasado en la actualidad. Es el colectivo, entonces, la condición de posibilidad de lo nuevo en el territorio de las subjetividades. Dice la autora: “Se trata de captar, por ejemplo, cómo, en ciertos momentos, un colectivo a contramano de las biopolíticas de subjetivación instala otras modalidades de acción, de imaginación, de afectación, de vinculación y establece a través de otros agenciamientos sus experiencias singulares.”

“Las lógicas colectivas” comienza con nociones, con conceptos, aunque sean abiertos, pero seguidamente esas conceptualizaciones se hacen carne en casos, en situaciones y , al mismo tiempo, son esas situaciones las que rebasan el marco categorial para ponerlo en discusión una vez más y para proponer nuevas formas de abordaje. Es en esta instancia que aparece una dimensión que muchas veces es acallada. El reverso del lenguaje, lo visible. Recordemos que Foucault distinguía-en rigor también Castoriadis lo hace, las dos dimensiones son el *teukhein* y el *legein*- lo visible de lo enunciable y lo hace también cuando plantea la noción de dispositivo: todo dispositivo está constituido por el discurso y lo no discursivo.

Ahora bien, es en esta parte, la segunda del libro, que la autora reflexiona acerca de su trabajo en la cátedra y las formas que se han elaborado para reflexionar acerca de lo grupal pero también para producir en lo grupal. Para la cátedra se trata fundamentalmente de producir visibilidades. Práctica no usual en el campo académico. Y, al mismo tiempo de proveerse del aparato

conceptual necesario para dar cuenta de ellas. Ana Fenández lo explica : “Se trata de un doble movimiento: producir dispositivos que provoquen condiciones de multiplicidad y al mismo tiempo construir herramientas conceptuales que permitan leer las operaciones de multiplicidad. Es decir, se trata de hacer y de pensar, de pensar y hacer en circuitos de problematización recursiva.”

Aquí es Deleuze quien convoca a la posibilidad siempre abierta de que el sentido emerja entre cuerpos y estados de cosas. Sentido producto, efecto y nunca *a priori*. Es entonces otra la noción que se pone en juego, la de *agenciamiento*. Sabemos de la crítica deleuziana a las posiciones de Foucault respecto del poder: Deleuze nunca estuvo interesado en él o, para decirlo de otra manera sólo ve en él una relación previa de deseo cristalizado, muerto-y contra la noción de dispositivo-en la cual el poder está siempre presente-levanta la de agenciamiento. En el texto se nos propone una articulación entre ambas : el dispositivo establece las condiciones de posibilidad del agenciamiento, sería en términos foucaultianos, su “*a priori*” histórico.

Se distinguen en las actividades desarrolladas dos tipos de propuestas: la de los talleres reiterantes y las de las multiplicaciones mutantes. Si en las segundas se da trata de devenires e intensidades, de hace rizoma, en los primeros se preserva la representación. Son dos lógicas distintas las que se ponen en juego en cada una de estas realizaciones: la lógica conjuntista identitaria, por un lado y la rizomática por el otro. La rizomática establece relaciones en un plano de inmanencia, ninguna subsunción opera aquí, sólo una red indefinidamente abierta de ramificaciones posibles; la otra correspondería a la forma arbórea tematizada por Deleuze en ese primer capítulo de *Mil mesetas*, lógica de dicotomías que se excluyen siempre, o esto o lo otro. Claro está que la propuesta nos subraya la posibilidad de que operen sucesiva o alternativamente.

Párrafo aparte merece el capítulo 6 de esta segunda parte: se trata aquí de dar cuenta de cuerpos e intensidades pensados como lo eludido en el campo del lenguaje y la representación. Es que se nos propone pensar los cuerpos “como intensidades maquínicas que operan en la producción de subjetividad desde una lógica colectiva.”, es decir, se retoma el concepto de CsO, cuerpo que elude toda la conceptualización tradicional acerca de los cuerpos para plantearse una desorganización que aniquila identidades y hace emerger diferencia, no diferencia sino la diferencia diferenciándose.

Esta segunda parte del texto es para mí la de más difícil acceso, porque todo el tiempo la autora está trabajando en una yuxtaposición permanente de teoría y caso: situaciones, ocurrencias, se enredan con aparato conceptual. Se abandonan los niveles tradicionales en que el caso es ejemplo de las categorizaciones, se deduce a partir de determinadas legalidades o es ocurrencia de la estructura. Se trabaja sobre un único plano que es escandido por nociones o situaciones que se iluminan mutuamente, que se co-relacionan entre sí, siempre denegando la generalidad. No se trata de una traducción de un plano a otro, si de interpretación, se trata de poner en relación de otra manera: sin un fundamento que restituir, sin un *télos* a alcanzar, sin un origen a recuperar, sin una jerarquía ontológica que re-situar. Son las páginas más deleuzianas del texto. Las que suturan niveles porque saben que los niveles -la teoría y la practica, la situación y el concepto- no son más que pliegues de un ser unívoco.

No puedo dejar de señalar, después de todo no deja de ser mi oficio, que hay una errata en la impresión del texto que esperamos sea remediada en la segunda edición, dice *Met-odhos* y debe decir *Methodos* que es camino, prosecución, que es femenino en griego y que está construido desde un *hodos* y un *meta* que, con eso quiso Ana hacer un juego de palabras, significa en su primera acepción *entre* y no solamente el *después de*.

Ana nos propone en este libro un bagaje que permite aumentar los elementos de la caja de herramientas que podemos utilizar. Y nos insta, con su propia actitud, a desandar, ella insiste en el *desdisciplinar*, los caminos trillados para que nuestras herramientas estén a la altura de lo que nos pasa.

Ponencia Dr. Osvaldo Saidón

Presentación de libro "Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades".

Autora: Ana María Fernández

Editorial Biblos, Buenos Aires, 2007

Realizada en la Sociedad Científica Argentina, el 15 de junio del 2007, a las 20 hs.

Comentaristas: Felisa Santos, Osvaldo Saidon, Horacio González.

Coordinador: Emilio Montilla.

### **Osvaldo Saidon**

Buenas noches

Escribí unas líneas para contarles un poco lo que me fue pasando durante la lectura de esta obra. Una obra que es corpulenta, no sólo porque tiene más de trescientas páginas sino porque ella trasunta todo un esfuerzo y un compromiso. El propio Deleuze se refería a esta cuestión de la escritura cuando decía que la escritura era una práctica predominantemente atlética, al referirse Henri Michaux que dice que el escritor es un deportista en la cama. Allí evocé que en el último viaje que hicimos juntos con Ana por un trabajo a Paraná, ella me contaba del placer que le daba quedarse en la cama los domingos o algunos días leyendo diarios o textos y yo pensaba, ¿cómo puede ser que con esta tendencia perezosa pueda escribir toda esta obra? Bueno por eso que la evocación de Michaux me pareció interesante, existe un esfuerzo muy particular, un atletismo muy particular, un atletismo que defeciona, una salud frágil, pero también una búsqueda de salud potente en la escritura. Y creo que eso es lo que me parece que hace que este libro que seguramente debe haber costado mucho esfuerzo, tiene también un gran costado de juego. Todo el tiempo se juega con, multiplicaciones dramáticas. Me sorprendió muchísimo encontrar en los relatos de las dramatizaciones, muchas situaciones disparatadas, humorísticas, un teatro casi beckettiano que circula por todo el texto.

Al mismo tiempo, este esfuerzo es también el de la construcción de un libro con pizarrón. El libro está construido de modo que a cada tanto, el lector encuentra

una serie de explicaciones, dadas por una serie de puntos, que nos sintetizan todo lo que habíamos leído. Sin duda en toda esta estrategia de presentación está presente la práctica profesoral y el cariño por la práctica profesoral, de la autora. En la lectura varias veces sentí **¡pero qué bien que hace el bien explicar!** La verdad es que particularmente en esta corriente de la que me siento parte, esta corriente que tiene como a sus mentores más importantes a Foucault, a Deleuze y otros; este esfuerzo por el bien explicar nos viene muy bien a todos y es un desafío importantísimo buscar esa potencia de lo didáctico en la escritura. Entiendo que esto no debe ser fácil cuando se trata de hablar de Deleuze, donde el estilo hace a aquello que se quiere expresar. Yo creo, tal vez el hallazgo del libro es justamente que, si bien corre el riesgo de que al tener que explicar puede perder un poco de cierta libertad de expresión, la autora retoma la expresión variando de estilos al interior del propio texto. Y a eso me voy a referir. Por que tal vez de lo que se trate es de que no haya un mismo estilo.

Bueno, entonces si bien en el texto ella aclara que no va a ser un texto sobre clínica, que no va a hablar mucho de los temas que hacen a la psicopatología, a la salud, a la enfermedad y se va a referir más a los dispositivos propiamente de formación y a los dispositivos políticos, creo que es en la escritura donde está la búsqueda de la salud, exactamente. La salud como literatura consiste, decía el propio Deleuze, en inventar un pueblo que falta. Y la insistencia de escapar todo el tiempo, como muy bien nos lo decía Felisa, a lo individual, de escapar a lo mismo, a lo unívoco, me parece que es sostenida a través de una escritura que cada vez que creemos que nos cierra algo, vuelve a abrir el problema. Entonces, el oyente y el vidente; Ana Fernández se dispone a contar, todo lo que oyó y observó en su cátedra, en las asambleas, con sus alumnos, en su trayectoria política, en sus lecturas. En el libro aparece la escritora que hace pasar esa forma de ver y de oír por el lenguaje, y es a través de ello que constituye las ideas. Y hay varias ideas que me marcaron y voy a citar algunas que fueron las que más me afectaron.

Primero aclara que no interpreta lo que vio y así trae el primer concepto para escapar de una interpretación de aquello que vio y oyó, que es la idea de **elucidación**, para escapar a la idea de interpretación. Esto es muy interesante, y ya la estoy robando, la estoy usando en la clínica. Me parece que es un paradigma estético, la estética teatral, la que nos aclara la elucidación. Porque en realidad qué es el teatro sino iluminación y entendimiento. Iluminar una escena, entender y estas son las propuestas teatrales por excelencia que están presentes en todo momento.

La Multiplicación Dramática me parece que adquiere una nueva elucidación en cuanto que ya no se trata de un dispositivo, de una técnica, de un estilo, sino fundamentalmente es la posibilidad de producir un acto políticamente novedoso, es producir una invención en determinadas situaciones. Y así lo trae la autora con los ejemplos que da, tanto los que se refieren a las reuniones de la cátedra como a las asambleas, como en las jornadas que hace con los propios alumnos. Porque en general, y antes de referirme a las multiplicaciones, una sola cosita más quería decirles, es que en este corpulento libro, esta tarea enorme la va cumpliendo con la seriedad de quien se sabe

poseedora de una trayectoria capaz de encarnarla como dice ella, poniendo “los” cuerpos. Este me parece otro hallazgo. No es poniendo el cuerpo como se dice vulgarmente, es poniendo los cuerpos y cita tres tipos de cuerpos: los cuerpos enteros, las partes de cuerpos y el cuerpo masa. Ese cuerpo masa, particularmente, es el que experiencia estas intensidades, que se nos aparecieron en los analizadores espontáneos del 2001. Claro que se me suscitó la pregunta cuando leía, ¿cómo las elecciones actuales en realidad son la experiencia contraria de esa intensidad, de ese imaginario radical que se proponen esos cuerpos masas? Esas dos lógicas colectivas que recién citaba Felisa, esta lógica de lo identitario, ¿cómo vuelve a reapropiarse en un dispositivo eleccionario tan diferente a este dispositivo asambleario y que hace que hoy estos cuerpos parezcan tan entristecidos? Nunca hubo tanta falta de humor en una puja política como hay en este momento político, lo único que se escucha, que se siente, es furia, es bronca y más bien, apatía.

Pero volvamos a la salud de la que hablábamos al principio, a esa salud que defecciona y que de esa fragilidad de ese devenir minoritario extrae su potencia. Así funcionan también los dispositivos de la Multiplicación Dramática. Entonces, es interesante que un libro tan corpulento que se proponga ser un libro que permanentemente incluso pueda defeccionar y desde esa defección, desde esos lugares que deja abiertos es desde donde propone el pensamiento. Realizar esto desde una mirada universitaria es mucho coraje. Desde una mirada clínica me parece especialmente interesante, el dispositivo de la Multiplicación Dramática produce allí cuando falla.

En el capítulo cinco, hay un tipo de Multiplicación Dramática a la que llama “*los talleres reiterantes*”. Son las dramatizaciones donde el pensamiento y el estilo vuelven a anudarse, a tratar de ser Uno. Esta referencia a las multiplicaciones reiterantes, esta referencia al conflicto que vuelve a repetirse, esta referencia a la falta de humor y de disparate, que aparece por ejemplo en las escenas como un lugar de detención del pensamiento está justamente después de un capítulo donde habla de, justamente, las multiplicaciones dramáticas como multiplicaciones rizomáticas. Digo esto porque me parece que es ahí donde veo el libro más deleuziano. Deleuze hace mucho eso, en el momento en que ya nos encontramos en la certeza molecular, en la alegría de los encuentros, nos advierte del micro fascismo, nos desarma de nuestro propio binarismo que veníamos creando en nuestro afán por escaparnos a lo molar.

Ana nos muestra que la multiplicación realmente fracasa cuando no presenta líneas de fuga en el humor y en el disparate. Pero estamos viviendo una multiplicación reiterante sin multiplicidad en la actualidad, una ingeniería, una iglesia, una gramática demasiado previsible. Nada que ver con las lógicas de las asambleas del 2001, con las fábricas sin patrón, con esta especie de gran disparate republicano que se inventó acá en Buenos Aires, allá hace cuatro años.

¿Y qué propone el libro ante esta situación? Esto es interesante. Ante la situación reiterante, experimentar todo, cualquier cosa, algún movimiento, esperar, mientras tanto, pero no interpretar, dice. Porque si interpretamos simplemente, si nos colocamos en este lugar de la interpretación en las lógicas



colectivas, en las lógicas sociales, nos advierte, inhibimos la elucidación de los propios protagonistas. Esta es una idea buena, es una idea potente, y es una idea que nos problematiza en la clínica. Nos previene y no advierte del efecto de aplastamiento de las interpretaciones para pensar las lógicas colectivas y nos dice que en lugar de interpretar hay que armar máquinas de agenciar y fugar. A diferencia de muchos entre los que a veces me incluyo, nos introduce en esta polémica con relatos de casos, de escenas y de acontecimientos. Estos relatos llevados al campo de la clínica con cuidado nos han alertado para no obturar la multiplicidad. De todos modos, me parece que sí es válida la interpretación para propiciar un común. Para propiciar una línea de estímulo de un pensamiento entre las partes. Un no omitirse del coordinador a veces posibilita un devenir imperceptible, ser parte del pueblo por venir. Prevengámonos entonces también contra el liderazgo del silencio tan difundido en nuestro oficio, polémica que sigue abierta en la clínica y en la crítica.

En el capítulo final, otro concepto que me parece muy interesante. Lo que ella llama el “**autoritarismo sin sujeto**” que se produce en las lógicas colectivas actuales y también la *producción de soledades* donde hay cuerpos humillados, devastados, que encuentran en sus devenires, a veces caminos de empoderamiento con sus juguetes rabiosos, dice. Y si alguien pensaba, en relación a la práctica que ella trae con las multiplicaciones dramáticas, que se trataba de una travesía fácil, de un cierto facilismo, esta fuga es como Fitzgerald decía, como un arma en la mano. Reconoce que ambos movimientos son los que empoderan nuestros dispositivos, tanto el molar como el molecular y no los arroja entonces al facilismo de las corrientes del potencial humano ni a la resignación de los instituidos psicologizantes o psiquiatrizantes, en el sentido de: ni la resignación, ni el facilismo, ni puras moléculas, ni pura molaridad. Ambas están presentes en las lógicas colectivas. Todo esto prepara el camino para encarar el tema que convoca toda esta corriente de pensamiento, la producción de subjetividad. Generosa como pocos, Ana aquí nos toma como una corriente que en la Argentina ha ido pensando desde el campo de lo grupal, lo institucional y la clínica esta producción de subjetividad. Al mencionar nuestros trabajos y nuestros textos les hace ganar una dimensión nueva al interior de una obra que explica y desarrolla como ninguna antes los conceptos, la caja de herramientas que legitima nuestra labor en todos estos años. Gracias

Ponencia Horacio González

Presentación de libro “Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades”.

Autora: Ana María Fernández

Editorial Biblos, Buenos Aires, 2007

Realizada en la Sociedad Científica Argentina, el 15 de junio del 2007, a las 20 hs.

Comentaristas: Felisa Santos, Osvaldo Saidon, Horacio González.

Coordinador: Emilio Montilla.

## Horacio González

Bueno, en primer lugar me voy a referir al prólogo del libro. Me sentí inmediatamente solicitado porque se trata de un recorrido intelectual en una universidad. Me parece que en esa situación de balance deberíamos estar los profesores, pero no es fácil realizarla. Tampoco es fácil dar clases, pero eso se sabe tarde. Quizás no sea fácil el diálogo con los alumnos y eso también se sabe después, quizás no es fácil elegir un repertorio, una bibliografía y saber cómo citarla, está lleno de sorpresas el oficio profesoral y eso también es un descubrimiento posterior al tiempo en que nos propusimos ser profesores. De modo que en la situación actual de la universidad, este libro mantiene una situación por la cual podríamos decir que una institución como la universidad se mantiene, quizás sin saberlo, sorbe este tipo de memorias. La Universidad puede tener muchas direcciones, desde el punto de vista de lo que podamos extraer, desde el punto de vista histórico, del dilema pedagógico, pero me da la impresión de que se sostiene en libros y nunca me dio la impresión de que se sostuviera sólo en libros, se sostiene por supuesto, en clases y en trabajos escritos, pero nada sería sin su memorial bibliográfico, hecho en términos autobiográficos. Pero los libros, como este libro y otros, en un momento de institución estallada -tomo un concepto del libro de Ana- dan cuenta de que nunca existen completas oportunidades de pensar, con un tipo de pensamiento que se obtura, que es el pensamiento como práctica relevante –puesto que se hace, lo es- pero que no llega a su lúcida extenuación –puesto que siempre ocurre eso aunque de forma inadvertida. Entonces el libro tiene la condición de ser un pilar de experiencias sobre el drama del pensar y la cita de Pichón Rivière –en el prólogo- también me parece importante, lo que es difícil mantener hoy en día. No dudo que Pichón mantenga un diálogo intenso con la actualidad, para también tomar otro concepto del libro en relación a sus lectores contemporáneos, pero nadie diría que, a ciencia cierta, su nombre es frecuentado con sello de época en las bibliografías. No es así, más bien es un nombre de lo que el periodismo llama de “culto”, es decir, al margen de las corrientes bibliográficas principales. Me da la impresión que al mismo tiempo en la frase siguiente del prólogo, los nombres de Pavlovsky y Kesselman también me parecen pertinentes porque es el activo recuerdo de otros profesores, el debate entre otros profesores, lo que reclama una historia y no cualquiera, reclama algo así como nuestra propia novela de formación. Gran género que de algún modo rescató el Psicoanálisis. Por supuesto no es una novela, pero el prólogo insinúa que las personas que ahí desfilan son como conceptos, vidas conceptuales de alguna manera. Pero cuando se dice Castoriadis todo parece intensificarse. A Castoriadis lo leímos muchos a través su compañero, Claude Lefort. Pero de alguna manera conociendo su pensamiento y conociendo su emoción por Buenos Aires también, la mención no deja de ser una emotividad necesaria, a veces uno quiere llenar la emoción con largos párrafos y con indicaciones sobre una escritura que se vuelca sobre su introspección emotiva, pero un único nombre entonces alcanza para conmover. Decir el nombre de una persona a la que a lo mejor nunca le dijimos nada, hoy fallecido, es un modo de recuerdo como una puntada, como un pequeño punzón en una frase. Lo mismo ocurre con el recuerdo de Deleuze y todo el mundo se imagina una cierta relación entre los dos pensamientos, que

no es más que la marca, el sello que tiene este libro de acercar dos pensamientos que no hablan igual. Tengo un recuerdo personal de la lectura de Castoriadis que es más desprolijo, más vital, más caótico, perdónenme si manejo mal mi recuerdo, pero efectivamente siempre imaginé que leerlo era un gusto, de leer a quien está pensando en el momento que escribe, con cierto descuido brusco y convincente. Menciono estos actos de lectura porque en el libro de Ana mantiene cierta teatralidad, ya lo dijo Osvaldo, en el recorrido de sus estaciones, ocupadas por nombres, el vía crucis de los nudos personales de lectura. Por ahí es citado Moreno, yo hace treinta años que no escuchaba el nombre de Moreno, lo había escuchado de joven estudiante en Filosofía y Letras, que estaba en el mismo lugar donde enseñan ahora psicología, en Independencia al 3000. De modo que eran los héroes del momento, después una cátedra los deja de citar, doscientos alumnos dejan de comprar su libro y de algún modo eso es una estrella apagada en nuestro medio. Movimiento contrario a éste me pareció que lo hace un libro, un libro argentino, de una profesora que piensa su situación en la universidad y con sus alumnos y que piensa la situación del mundo dramático, del drama del pensamiento. Por lo tanto reclamar para el libro un título deleuziano "Las lógicas colectivas" y al mismo tiempo lo imaginario o imaginarios de cuño castoridiano, revela nuestras conciencias en cruce. Lo "Imaginario radical" es algo que está entre nosotros hace bastante tiempo y este libro no diría que lo sistematiza porque el tema del libro es explorar prácticas no sistemáticas y hacer caso omiso de los reglamentos, como dice en la apertura y por lo tanto esta ilusión que estalla es un modo de pensar, es un sinónimo de las lógicas colectivas, de la determinación, que no es una determinación de causa y efecto, como aclara varias veces durante el libro, es una determinación dentro de la acción del grupo, no me acuerdo ahora como la explicita, pero es un concepto que nos propone la dificultad de pensar los conceptos, no es que no haya conceptos, no es que sea un libro vitalista propiamente, pero nos propone algo que también es familiar de Deleuze. Lo que está escrito acá, con el sabor de un trabajo de largos años, de la experiencia con alumnos, propone evidentemente la idea de una lógica colectiva, que es una manera de pensar donde el concepto no es la aplicación de nada, sino que surge de una práctica, que es una práctica que pone lenguaje, cuerpos, etc. y la superación de los binarismos propios de la lógica del sentido común. Ahí debo decir que veo un problema, pero ¿quién puede escapar del binarismo individuo/ sociedad? Reconozco la precariedad de ese sistema de pensamiento, pero uno puede tener cariño por estos aristelismos de principiante. Confieso que a "estructura y acontecimiento", el binarismo de los binarismos, le tengo más cariño. Ana llama a escapar de los sistemas binarios, y no voy a anteponer a esa reconocible necesidad viejos cariños derrotados. Pero quiero hacer una pequeña observación, el modo en que Levi- Strauss explica la relación entre estructura y acontecimiento. Eso sí me gusta, se ha leído mucho entre nosotros, muchas vidas intelectuales argentinas, muestran que nos encariñamos con tal o cual personaje e intentamos hacer algo con mayor o menor fortuna. Le ocurrió a muchos con Levi-Strauss. A mi me parece que cuando Levi-Strauss dice que la estructura es un palacio desmantelado, arruinado, arrastrado por un río, se acerca un poco a cierto vitalismo escondido que hay en el estructuralismo. Acaba de salir un libro de Emilio De Ípola, es un canto a la amistad a Louis Althusser, me parece interesante ver que Buenos Aires sigue viva, a pesar de todo pero sigue

viva, como dice Osvaldo, una memoria. En este caso la de un Althusser pasado por Levi-Strauss. Todos estamos preocupados con razones, cada uno tiene la suya, el libro apunta a esa preocupación, pero en Buenos Aires sigue habiendo movimiento intelectual, nosotros aquí lo mostramos, esa es una prueba enorme de vitalidad. Lo que me lleva a la idea de Magma que luce a veces ocultamente en el libro de Ana, que se contrapone a algo, se contrapone al mundo lógico individual, se contrapone a un sistema de pensamiento que se podría llamar de muchas formas. De alguna manera, la escandalosa definición de magma, es lo que atraviesa el libro de Ana. Ahora hay un cierto sesgo en contraposición de dos campos, el magma es como algo cariocinético, es un concepto muy desafiante, es todo lo que pertenece a un mundo real y todo lo que anula, está en condiciones de abolir, de rechazar cualquier caracterización apriorística. Por lo tanto la crítica a los fundamentos, es una crítica sobre fundada, no precisa de la escritura, entonces ahí hay como un binarismo de segundo grado. Me parece que eso tiene un poco el placer de criticar al binarismo y someterse a la lógica del magma que es una lógica de escritura también. Una explicación interesante de lo que es el magma, evidentemente es la idea de lo subterráneo, de lo latente, de lo tácito, está presente constantemente en el libro, para definir como magma, como lógica colectiva y otros conceptos, determinación, flujo, cuerpo sin órganos, un mundo intelectual que es una encrucijada teórica con muchos nombres de autores en los que subyacen nuestras lecturas y asimismo quizás nuestra vida. Todas esas palabras no están solicitadas como citas del estante, aunque reconozco que esa es una tarea digna, pero este libro no hace eso. Cuando aparece Deleuze, no es una cita que se aplica, sino que funciona en una suerte de examen sobre el lenguaje común. Deleuze indicó cómo funcionaban los conceptos; no había que traerlos de ningún lado, eran inherentes a lo que se está pensando y tienen una cierta provisoriedad. Veo en este libro castoridiano una aventura concpetual que escucha estas lecturas de autores queridos, pegados a nuestro cuerpo lector. Entonces el libro tiene esa enorme fidelidad a la interpretación a una escala fuerte, pedagógica, sin duda, pero tampoco recae en eso que critica, la pedagogía que se muestra como lo estallado, esto es, el concepto libre viviente, no caído sobre un aerolito sobre las palabras. Es evidentemente la tensión que hace el libro de Ana una forma de enhebrar todas las escenas de la escritura autónoma por la que atravesamos, y ésta es un poco la vida intelectual de Buenos Aires. Es decir un cuerpo de personas adiestradas en estas lecturas que intentan con ellas pensar adecuadamente y al máximo nivel que se lo puede hacer, circunstancias inherentes a experiencias propias y autónomas. Y al mismo tiempo, en un diálogo con afortunados maestros filosóficos, que son nuestros porque ellos lo sabían también, sabían que eran leídos en Buenos Aires también en un modo autónomo, independiente, creador. Entonces, la actividad de este libro, del lado de la psicopedagogía se lo lleva a la experiencia del psicodrama. Como decía antes, no vi la expresión escrita ni demasiado pronunciada en los últimos años, pero el libro de Ana es la revisión también del pasado de una lengua. Es un libro que retoma la bandera de un "pueblo intelectual", de un conjunto de intelectuales que debaten con una herencia que está destinada a pasar a otros tipos de fundamentos y a negar también el fundamento. Entonces, la idea del lenguaje y para ir terminando, es un poco el tema del libro. Cómo hablar, citar, escribir, escuchar, convocar a los maestros y prepararnos acaso para serlo. Y además, estrictamente, en

distintos apartados flamea la idea castoridiana, esa expresión aparece bastante, lo castoridiano, a mí siempre me gusta. Castoriadis es bandera. Soy un seguidor de su estilo brusco, un interesantísimo personaje, había sido boxeador ¿me parece? Eso también me parece interesante, escribía un poco boxeando. La idea de que en la conversación, en el habla donde el sentido supera a los signos, que es una idea fuertísima. Pero una vez establecida esa idea no se asusta. En el libro de Ana se expresa como valor pedagógico e incitación a decir “al diablo los principios”. De ahí los subtítulos que asustan pero están ordenados, es y no es un libro estallado, que contiene una gran explicación sobre el “cuerpo sin órganos”, sumamente esclarecedora sobre este concepto que parece fácil. Deleuze se autoconvocó para pensar ese extraordinario y complejísimo concepto. Entonces el lenguaje sería como una casa originaria de reserva, vamos a decirlo apelando a los conceptos que en Argentina fueron y vinieron, un sentido que reclama signos. Me parece que ahí también hay una dicotomía porque al lenguaje como signo se lo abandona como intento de crear el sentido, y el sentido es lo de antes de empezar la conversación. Hay una diferencia interesante entre lengua muerta y lengua hablada, somos culpables y víctimas de la lengua hablada, porque si uno quiere pensar las cosas de una manera conceptual adecuada, como reclama la universidad en su desesperación de asimilar conceptos, evidentemente eso no es posible, el lenguaje vivo es como un soplo que viene no se sabe de dónde y ordena un campo lleno de objetos, de palabras. Es decir, el magma. Entonces el magma es indefinible y, al mismo tiempo, sospechamos que hay formas, el teatro mismo, la experiencia de los alumnos, los ejercicios colectivos sobre las torres gemelas, la experiencia de la chica de la silueta, que me pareció de gran interés. Se supone que el teatro, un poco como Artaud, el teatro suscita aquella masa plástica, fundadora sin fundar, en el drama de una conversación imprecisa, sin serlo definitivamente. Bueno estas son las impresiones que tuve de una lectura amistosa, sugerida por el prólogo y también, por lo que no se priva de enunciar la estatura de este libro y, al mismo tiempo, su capacidad original interesantísima y también impostergable en torno a las discusiones para los que todavía seguimos en universidad.

Carta del Dr. Juan Carlos De Brassi

Borroneo una carta a la vieja usanza porque sentí una cierta sorpresa, por la ausencia de opciones, frente a lo que estampó la profesora Felisa Santos casi al final de la ponencia sobre tu libro (“Haciendo met – *odhos*”)

Cuando le di tu texto al periodista amigo de “La Vanguardia”, esbozó una sonrisa cómplice al leer el índice y me dijo: “¿impronta situacionista? Le respondí: “no sé, preguntaré”; y hasta ahora no lo hice. Lo mismo ocurrió, sin conocer al mencionado periodista y a considerable distancia geográfica, con un amigo poeta y psicoanalista de la Aquitania que exclamó: “¡oh, lettrisme situationniste!” ¿Tu empleas “met-odhos” como una especie de homenaje al revulsivo situacionismo (G. Debord, G. Sanguinetti, G. Colman, R. Vanergen, y otros) que se refundió con el letrismo, al que consideraba como verdadero innovador, irreverente, del quietismo y el agotamiento que surcaba a la Europa de la Posguerra? Quietismo y agotamiento que hoy sigue teniendo una inquietante vigencia que va aumentando día a día.

Si esa fue tu decisión “met-odhos” contendría, entonces, un metamensaje político, estético y de transformación social, que faltaría, totalmente, en el correcto “methodos”. Hay que recordar que “met-odhos” sería, precisamente, para un situacionista-letrista, o para quien desee situarse alternativamente en esa orientación, la torsión y ruptura interna de uno de los procedimientos conceptuales más insistentes del pensamiento occidental.

Por otro lado, “met-odhos” conforma un juego muy rico. No sería estrictamente un término griego, sino grecolatino. Sería un montaje compuesto por el “met” que se añade a los pronombres personales en latín (egomet, nosmet, etc., pero antepuesto al “hodos” de ahí también una función –tiene otras fundamentales- gráfica del guión) con el que se mostraría la implicación del sujeto en una “situación” determinada, para que andar por un camino de ida y vuelta (marcado por la inversión, mezcla y sustitución de “hod” por “odh”), sin fin (telos), hipóstasis del camino mismo. El camino se hace andando y no, precisamente, hacia el “supremo bien”, la suprema inmovilidad. Desde este punto de vista “error” sería fecundo, pues permitiría “errar” por la ruta delineada. Además el guión, aparte de marcar un intervalo, entre, o como queramos denominarlo, alude a la música de la naturaleza –lo silente mismo- de la que nace la música sonoro-auditiva.

Si algo de lo que te señalo está supuesto o puesto concientemente, creo que es la Profesora Santos la que debería, con la misma solicitud y delicadeza, corregir su observación y remediar su tajante indicación, pues los griegos carecían de la noción y existencia de “expertos”, que son fruto de la moderna especialización. Por otro lado, la ponencia de la profesora Santos es excelente –y no es un adjetivo usado al azar- porque lo que piensa sobre tu libro da qué pensar, y esto no es común hoy en día. Un gran abrazo.

Juan Carlos.

“Próximamente publicaremos fotos de esta presentación”